

LUIS VÁZQUEZ

Paisajes de la inmigración 2013-2016

Hay mucho de esmero, de reflexión y de profundo decoro en los trabajos del artista onubense Luis Vázquez (Cortegana, 1964), que ha hecho de su obra un motivo de observación, crítica reflexiva e instrumento operativo para sensibilizar al público sobre esta trágica situación e intentar que los poderes políticos tomen partido para su solución, con el compromiso valiente de un activismo militante.

Ya desde el principio de su trayectoria a finales de los noventa le preocupan los temas relacionados con la naturaleza humana, que plasma en aparentes series, así, en "El hombre a la espera. Crisálidas", donde trata la imperfección del hombre como especie y su necesidad de cambiar, y en "Esqueletos", donde trata la guerra civil española y su memoria.

La exposición que ahora se muestra en el Museo de Cáceres, en la que se desliza por muy diversos medios como vídeo, dibujo, fotografía, escultura, collage o diseño gráfico... es una adaptación especialmente diseñada para el espacio y configuración de la sala. La idea es introducir al público en un circuito que recorra analógicamente el asunto que preocupa al artista, en el que las obras van marcando ordenadamente los hitos del viaje, desde los elementos causantes hasta el desenlace final. El artista utiliza un lenguaje poco literal, ajeno al expresionismo desgarrado congruente con la iconografía. Opta por la metáfora, lo simbólico y en ocasiones el carácter abstracto de los convencionalismos científicos. Las únicas concesiones a lo concreto se reducen a los colores, de referencias africanas por su pureza y simplicidad.

Inicia la muestra una reflexión sobre las causas y el origen del obligado viaje. Una pared pintada con textos e iconos, que unas veces el poder oficial y otras la voluntad de cada uno, convierten en un libro de la vida. Una "pintura de acción" que de manera directa inaugura todo el recorrido con la perversidad de lo manipulable. Discurso de la propaganda política que "donde dije digo, digo diego".

Los protagonistas de la historia se nos muestran en fotografías que, en cubos desplegados como cajas abiertas, desvelan su identidad, transferible a la de cualquier otro. Los roles son intercambiables, basta con un golpe de fortuna.

El espejo identifica al espectador con el protagonista e impide su evasión, obliga a reflexionar sobre la posible reciprocidad, empatía, indiferencia o miedo. Son las posibles respuestas a esta encrucijada moral ineludible.

El conocimiento de las rutas para así poder tener un mejor viaje.

El hallazgo significativamente fortuito de un trozo de metal destrozado y carcomido por el mar, identificado a posteriori como la bisagra de un timón de patera, se transforma en la imagen simbólica del "ilegal", el que consigue la meta deseada. La

desilusión ante las frustradas expectativas ha roto su integridad. Se mantiene en pie gracias al lastre de un pesado cubo que limita las libertades soñadas. Está deshecho, mutilado, pero se mantiene en pie. Sólo y aislado.

En el lugar central del espacio expositivo se ha instalado, en ésta ocasión, un irónico remedo del lugar desde donde la mayoría de nosotros percibimos el espectáculo: una cómoda sala de estar presidida por el sofá y la televisión, decorado con los recuerdos de lo que todos dejamos atrás y un pasaporte compartido, separada de la entrada por la convencional cinta que coloca la policía para impedir el paso. Los objetos decorativos, también a modo de maquetas que aluden al tamaño relativo de las cosas según sea el punto de vista, son igualmente directas representaciones de lo denunciado, pero al mismo tiempo, susceptibles de un desarrollo autónomo con otras dimensiones, en otro lugar y con diversas formas de interactuar con el público. Precisamente un entretenimiento, aparentemente lúdico, de reuniones sociales: "El juego de dados "es paradigma del grado de cinismo y frivolidad con el que podemos abordar el drama de los inmigrantes.

A partir de éste punto, el resto de la obra puede interpretarse como una resignada elegía fúnebre. Los pequeños "ataúdes de mar" y la "parihuela" asemejan juguetitos siniestros presididos por el gran mural que nos describe ambas orillas del estrecho. Quizás sea esta obra la más hermosa y dramática de todas, Europa y África, el cielo y el mar se enfrentan en armónica simetría, el recortado ocre de la tierra y el profundo azul del mar que serena paz transmiten. Las estrellas se reflejan en la superficie del mar como una imagen especular del cielo nocturno. ¡Cruel engaño, no son estrellas, son los puntos que indican un ahogado, una tumba marina! . Como en la obra de van Gogh, la belleza es tragedia.

Finalmente una fúnebre "capilla ardiente" cierra el recorrido de la propuesta. El prototipo del ilegal que ya habíamos contemplado como un arquetipo simbólico del inmigrante se ha multiplicado en tantas réplicas como queramos, cada una igual y distinta a las demás. El metal se ha transformado en cera. Colocadas en un escalonado expositor de hierro, cada identidad arde y se retuerce, fundiéndose y mezclándose con las otras, recuperan la unidad original de la materia de la que todo procede. En suma, esas reflexiones a partir de una geografía física y humana donde el mundo debe volverse a escribir, a narrar, desde una mirada diferente.

Museo de Cáceres



10 SEP.-30 OCT. 2016
Paisajes de la inmigración

www.museodecaceres.gobex.es

www.mluisvazquez.com